

Miguel Molina Rabasco

■ ALFONSINA STORNI

Parece como si existiera una desconocida influencia cósmica entre las cosas que forman este mundo, incluidos los propios seres humanos. Después de todo, la idea no es tan descabellada si recordamos que todos procedemos de una misma creación. Nada más natural, pues, que poseer unas afinidades, unas conexiones más o menos importantes, ocultas, subterráneas, pero que nos otorgan un cierto parentesco y hacen que nuestro comportamiento sea de una manera peculiar, según las circunstancias y el contenido de nuestro entorno. La Astrología, quizá, sea una ciencia necesitada de una más seria investigación y experimentación.

Esta idea, o sensación, según se quiera, me surgió con fuerza cuando, por vez primera leí a Alfonsina Storni (1892-1938). Y se me hizo obsesiva con el poema "Voy a dormir", escrito pocos días antes de su muerte. Había como algo predestinado, grabado con caracteres indelebles, sobre su destino, sobre su final, unido con fuerza extraña al mar, que tantas veces menciona en sus poesías; algo así como si estuviera dirigida y diseñada su existencia desde la propia formación del universo, desde el comienzo de los tiempos..

Dentro de la pléyade de poetisas sudamericanas de la época, muy numerosas, entre las que merecen destacarse la uruguaya Ibarbourou y la chilena Gabriela Mistral, Alfonsina Storni, para mí, tiene un especial atractivo, posiblemente derivado de su fuerte personalidad. Era una mujer firme en sus convicciones, segura y muy valiente para el tiempo que le tocó vivir. En el amor fue apasionada, casi furiosa, y así lo



declara cuando escribe "quiero un amor de garra y diente, que me asalte a traición en pleno día..." Más, a pesar, de la fortaleza que aflora en sus palabras, a poco que se escarbe o se analice con detenimiento sus sentimientos, fluye una tristeza amarga en toda su poesía, que en algunos momentos es rebeldía contra el mundo y su funcionamiento a veces cruel. Así, en "Tristeza", protestará de que la Madre Naturaleza, habiendo tanta agua, no se acerque a las rosas sedientas para darles de beber; y, más adelante, reprocha al mismo Dios no "darse cuenta de cómo es fría y mala, para un niño, la ley maldita del dolor"

La muerte es otra constante en Alfonsina, como no podía ser menos, y llega escribir su propio epitafio, lo que no impide, como se ha dicho, un fuerte amor a la vida, al gozo sensual, sin cursis circunloquios ni disfraces encubridores de la realidad instintiva. Pero por encima de todo ello, como un velo oscuro que lo

cubriera, aparece una infinita tristeza, esa soledad que todo verdadero poeta siente y que no puede, a pesar de sus esfuerzos, esconder. Y, como una premonición, como un presentimiento, el mar, el inmenso mar. No recuerda su tierra natal, la montañosa y accidentada Suiza; para ella es el mar, el mar de la Plata, del Buenos Aires austral, el que le fascina.

Y un día, la mujer fuerte, valiente, que se sabía herida sin posible remedio, quiso vencer el mal de la única forma que era posible: matarlo con ella misma.... Y se arrojó a las aguas mansas de su mar de la Plata, donde fue recibida con un abrazo total por las olas para aparecer, mas tarde, vestida del verde musgo de las rocas, dormida eternamente, con una constelación por lámpara iluminando su noche sin final, como escribiría en su último poema... Y unida, para siempre, como estaba ya escrito, desde el principio, Alfonsina y el mar.